



OTTO MORALES BENITEZ Y EL ENSAYO LATINOAMERICANO*

Fernando Ayala Poveda

Otto Morales Benítez, al igual que otros ensayistas latinoamericanos, también se ha preguntado “¿Qué significa América?”, “¿Existe un país continental?”, “¿Existe una cultura latinoamericana?”, “¿El mestizaje es un puente de identificación para fortalecer nuestros vínculos?”, “¿El destino histórico de América Latina es uno solo o es un destino nacional?”, “¿Nuestra realidad ha sido falseada por el europeo?”, “¿El pueblo latinoamericano ha sido subvalorado?”, “¿Cuáles han sido las interpretaciones fundamentales que nos hemos otorgado?” y cien interro-

* Otto Morales Benítez: profesor, conferencista, político, abogado y pensador colombiano nacido en 1920.

gantes más, sobre cien mitos, acerca de cien mentiras y verdades que aún se siguen respondiendo y que llevan ya una carrera larga en su descubrimiento y en su propósito de canalizar las fuerzas de nuestro hermoso continente. Cada hombre ha dado respuesta, a su manera, a la pregunta esencial de su existencia y también de su situación social, de su conducta en relación con su conciencia. Asumir tales respuestas como equivocaciones o verdades totales, no sirve de mucho. Lo importante es la reflexión de tales fenómenos, antes que dejar caer sobre ellos teoremas individuales. Importa el diálogo y la acción conjunta, por encima de las tesis de amor propio. Otto Morales Benítez con su ideario político, tesis del mestizaje, su proposición de progreso y defensa de los derechos, se integra plenamente a esta tradición, por ejercicio de criterio y por consagración. Veamos pues, brevemente, la síntesis de este proceso donde se iluminan el esfuerzo y las conquistas de nuestro autor. Al igual que los románticos, la pluma del estudioso de Caldas, está al servicio de la causa americana, a través del ensayo. Este joven género sin raíces coloniales, sostiene su primer duelo entre Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Bello. El primero propone para su país un modelo anglo-francés renunciando a las voluntades propias. Su *Facundo, Civilización y Barbarie* conduce el debate ante el destino de América en la dirección de que nuestros pueblos debían ligarse a la cultura occidental para obtener la tierra prometida. Rosas y Facundo Quiroga encarnan, en este contexto, la división entre el campo como raíz y la ciudad como lugar cosmopolita y de dispersión. Bello, en cambio, propone el neohumanismo, basado en la tradición católica española. Pero ambos coinciden en que América del Sur era una tierra nueva donde debía edificarse una sociedad justa, hermandada por sus problemas y sus comunes resoluciones.

Entre el juego de las urgencias continentales, surge la síntesis de una América libre, unida, justa, regida por las leyes y el derecho, independiente, siempre identificada contra los imperialismos, dueña de su destino, buscando su identidad a través de la educación, con sus políticas propias para asegurarle a sus

ciudadanos sus derechos fundamentales. La idea primordial sigue siendo actual y resuelve el problema básico entre Sarmiento y Bello: *América para los mestizos*. Esa capacidad visionaria, encuentra hoy su máximo esplendor cuando todos sabemos que 300 millones de seres hablan en español, viven una soledad y padecen una muerte comunes, viajan por una historia compartida y tienen un espacio propio que defender. Podremos tener particularidades nacionales, pero, en esencia, en conjunto, somos exactamente análogos, similares. He aquí su verdad.

Después vendrá Manuel González Prada y sus tesis sobre el Estado, sobre su purificación. Para él, su pueblo, está sojuzgado por los dominadores latinos. Más que premisas, plantea una protesta contra los ejecutores de una política vil y sucia, como solía apuntar. Juan Montalvo el demócrata, ataca las instituciones clericales y al partido conservador a los cuales hace responsables de los males endémicos de su patria. Deja ver un memorial de agravios sobre tales instituciones y muestra la miseria de nuestros pueblos. Posteriormente, surge una figura colosal, prometeica, que complementa la visión de la libertad: el gran José Martí. Si Bolívar rompe las cadenas del yugo colonial, José Martí rompe las cadenas del yugo neocolonial. Para Martí, América Latina es una patria igualitaria, centrada en un mismo ideario de derechos justos. Su humanismo no está apoyado en la inspiración idealista, sino en la vida concreta, en la realidad inminente. En este sentido, Otto Morales Benítez encuentra un punto común con este ilustre americanista. Ambos defienden la libertad, el derecho a la educación, la justicia de la tierra, las conquistas científicas para la comunidad. Después de José Martí, surge la voz de Eugenio María de Hostos, un hombre entregado a difundir la independencia espiritual de América. Sus preocupaciones humanísticas se concentran en el porvenir de la patria continental: en su progreso y su desarrollo al margen de camisas de fuerza y de garrotes. Más tarde, vendrá José Enrique Rodó con su planteamiento de que el pueblo nuestro no puede caer en el materialismo anglosajón sino que debe, antes que todo, conservar la fuerza de su idealismo. Pero extrañamen-

te deja entrever que la masa no juega un papel independiente, sino que la élite debe asumir su dirección.

Ya en la modernidad, el ensayo muda de piel recogiendo la tradición y apuntando hacia el porvenir. Ezequiel Martínez Estrada condena los logros del desarrollo mecanicista, porque éste llena en sí las semillas de la destrucción y la pobreza del hombre. José Carlos Mariátegui le confiere al indio un papel medular en la transformación de los pueblos. Al indio ya no se le desdeña como elemento primordial en la conformación de una nueva sociedad americana. Con Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Otto Morales Benítez, encuentra su expresión Indoamérica. Dentro de las tesis de ellos, está condensado un programa de gobierno y de liberación con base al indio, la tierra, la independencia y la formación de una comunidad continental mestiza que, mediante la socialización de los bienes nacionales, encuentre un destino de progreso. José Vasconcelos propone a nuestro pueblo como la raza cósmica y como la comunidad de indología que conducirá el porvenir de la humanidad en razón a ser un crisol de sangres, expresiones y credos, una síntesis superior y clara que gobierne la oscuridad del mundo actual. Pedro Henríquez Ureña se concentra en descubrir las relaciones entre la tradición, la sociedad y las letras mestizas. Su idea de emancipación mental, aún sigue vigente. Es el padre de los nuevos ensayistas literarios y su capacidad de análisis, su respeto por su gente indoamericana, su admiración por las letras, su pluma incisiva que desenmascara los lastres de nuestra cultura, su pasión por la belleza estética, nos permiten entender profundamente el estado de sitio intelectual de que habla Otto Morales Benítez. Para Alfonso Reyes, el humanista por excelencia, el ensayista múltiple, América debe ser defendida como un espacio universal. Se aferra a la esencia de lo mexicano, sin desdeñar la participación del legado español, u olvidar una más larga y universal tradición humanística. Su pasión por nuestra expresión, lo lleva a consideraciones críticas sobre nuestra cultura. Ataca la actitud del mestizo que se traiciona a sí mismo, al igual que, un día, fue traicionada la estirpe azteca por la Malinche que se unió a

Cortés en sus prácticas de exterminio. Una idea que cambia la actitud de cualquier joven americano está expresada en **Visión de Anáhuac**:

“El viejo americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablando de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente”.

La misma posición desde una óptica creadora, habrá de darse con José Antonio Portuondo, el cual parte del socialismo para encontrar al hombre nuevo. El hombre nuevo que no es superior a ningún otro, que es fiel a sí mismo, a su voluntad social. Su ideario está centrado en la emancipación, en la revolución de las formas sociales, políticas y literarias que procuran un establecimiento de justicia y verdad, intensidad y autenticidad en los pueblos latinoamericanos.

Finalmente, en este contexto precisamos con potencia las ideas esenciales de Otto Morales Benítez: ideario basado en el liberalismo como democracia participante; sustentado en el mestizaje como diálogo entre pueblos; situado en el pueblo como creador de un continente y una cultura y un destino históricos. Analizando su Colombia, profundiza en los países de América Latina: en sus luchas sociales, sus debates morales, la evolución de sus estructuras económicas, el progreso del derecho, la inmoralidad pública, la falta de disciplina social, los conflictos en el orden de la educación, la tierra, la salud.

Si en el Romanticismo el ensayo asumió un papel beligerante, preocupado por los destinos de la patria común, hoy el ensayo se afirma en ese derecho y se confirma en la obra del maestro Morales Benítez, la cual tiene varias fases que estudiaremos más adelante. Sobre este nivel, dejemos una constancia que ilumina las tareas, los trabajos de nuestro autor, su misión, que al final es memoria de la resistencia:

“El ensayo acude a urgencias de un mundo que estamos cimentando por acá, quién sabe si más

seguro que el de los contornos hispánicos, de raíz colonial. Ha dejado en las zarzas del camino la suntuosa vestidura que le dio un día el suave meditador del Uruguay, y la castiza locución y los elásticos giros de D. Juan, el de los Tratados, y hasta aquellas lumbres vivas que derraman claridad sobre la pampa en las páginas de Facundo. Ha depuesto la prestancia que le venía del Renacimiento. Fue príncipe altivo; ahora ha sido como soldado en la pelea, o monje en humildes menesteres de virtud. Se leyó antaño para deleite; ahora para encender en el ánimo la pasión del trabajo y de los designios de nuestra América. Vigilante ensayo batallador, no hay en estos pueblos a la vez vivaces y dolorosos, preocupación que no haya recogido, ni peligro que no haya avisado, ni sus cultivadores se han dado un punto de reposo". (del **Ensayo Americano** de Vitier, Fondo de Cultura Económica, 1963, pág. 58).

(Otto Morales Benítez: **La palabra indoamericana**, Colombia, 1984)

